

Estampa mitológica (1)

Mercurio

Envío:

Al Instituto Argentino de Investigaciones Históricas, «General Manuel Belgrano», de Buenos Aires, en la ilustre persona de su Presidente el egregio escritor e historiador amigo Doctor M. Miguel Tagliaferro, con verdadero afecto.

I

Según afirmación de historiadores
y de ilustres mitólogos antiguos,
una de las deidades superiores
con relevantes dones, nunca exiguos,
dicen que fue Mercurio, quien naciera
en la Arcadia feliz, en atalaya
sobre el monte Cilene, y que era
hijo de Júpiter y la ninfa Maya.

Se ha escrito que el día mismo que nació
sintióse tan apuesto y tan robusto
que luchó con Cupido y lo venció,
derribándolo a su completo gusto
con una zancadilla que le echó
en ademán adusto,
y que de su carcaj se apoderó.

(1) Poema III de mi obra en preparación «ESTAMPAS MITOLÓGICAS».

Mientras los dioses le felicitaban
por tal victoria, hurtó
la espada que al dios Marte respetaban,
el tridente que Neptuno usó
y el ceñidor de Venus, a la par
que el gran cetro de Júpiter. Optó
y estuvo a punto de escamotear
el rayo, si el temor
de quemarse los dedos ese día
por su avieso y cínico valor
no le hubiera impedido su osadía.

Tanta audacia y tanta bribonada
le arrojaron del Olimpo o Cielo.
Vino a la Tierra, entonces ya poblada,
y en su acogedor suelo,
resignado, fijó su residencia
en Tesalia, que decían sagrada...

Mercurio pasó allí su adolescencia,
su juventud y hombría insospechada.

II

El desterrado Apolo
se dedicaba entonces a guardar
sin ayuda de nadie, sino solo,
los rebaños de Admeto, el singular
y tesaliense rey, su protector;
cuando Mercurio, que a la sazón era,
como Apolo, pastor,
aprovechó momentos en que viera
que éste se sumía en el placer

remembrando amores pastoriles
mientras tañía la flauta en tal quehacer,
para la práctica de sus actos viles,
robándole los bueyes.
Pero Apolo descubre a este infractor
de promulgadas leyes
y de tal latrocinio mero autor.

Puestos ambos de acuerdo, recibió
Apolo, de Mercurio, una lira
de tres cuerdas, y, a cambio, aquél le dió,
ya calmada su ira,
una mágica vara de avellano
que tenía la virtud de apaciguar
las querellas del Linaje Humano
y de reconciliar a enemigos.

Con el noble y sano
deseo de cerciorarse
Mercurio del poder del talismán,
lo interpuso, dudoso, al acercarse
a dos serpientes que, con rudo afán,
luchaban asazmente encarnizadas,
y al momento surgió la maravilla
de quedar enroscadas
ambas serpientes sobre tal varilla,
formando el caduceo,
en el supersticioso o falso augurio,
el cual es, según creo,
principal atributo de Mercurio.

En Tesalia, Mercurio fue adorado
como dios de atletas y pastores,

por haber inventado
en favor de sus méritos y honores
la lucha y ejercicios corporales.

Los retóricos y los oradores
mostráronse leales
a su gran protección, considerándole
como dios de las artes liberales
y de las Bellas Letras, prodigándole
su reconocimiento y obediencia.
Y es fama que en aquel remoto tiempo
nadie igualó a tal dios en la elocuencia.

Mercurio dio también el alto ejemplo
de aunar lo útil a lo ya agradable.

Despreciando los vicios y los ocios,
por estimarlo cual virtud laudable,
dedicóse al Comercio y los negocios;
inventó los pesos y medidas,
y por estos proficuos menesteres
portentosos de cosas no vividas,
le honraron por su dios los mercaderes.

III

Un vacío sensible producía
en la celestial corte
el destierro que fuese impuesto un día
a Mercurio por su conducta o porte!

Júpiter lo reclama y le confía,
como premio al gran comportamiento
en su exilio, cargos de valía
que vio el Olimpo con asentimiento.

Sería prolijo, acaso, enumerar
tantos hechos de mera transcendencia
como los que llegara a realizar
Mercurio, siempre ajeno a la indolencia.

Fielmente ejecutaba los encargos
de los dioses; y, sin titubeo,
dio muerte un día al vigilante Argos,
encadenó también a Prometeo
sobre el Cáucaso, porque en gesto extraño
a Júpiter pagase en buena hora
engaño por engaño
cuando lo de la Caja de Pandora;
pero no porque robase el fuego
sagrado del Olimpo. Mas su acción
no finalizó en esto, porque luego
a Marte libertó de la prisión
en donde los Gigantes, con inquina,
lo amarraran sin consideración
a su augusta condición divina.

También Mercurio acompañó a Plutón
cuando éste raptara a Proserpina.

Entre los muchos cargos que ejerció
este dios ajeno al Sempiterno,
hay uno que destaca: ¡Conducía
las almas de los muertos al Infierno!,
para ser sometidas y juzgadas
ante el severo Tribunal de Minos,
las mismas que después eran llevadas
por el propio Mercurio a sus destinos
al transcurrir mil años de apartadas
de la tierra, las que introducía

en nuevos cuerpos de la humana especie, como asegura la Mitología, aunque ningún cristiano así lo aprecie.

En las encrucijadas de caminos de tránsito importante se hallaban levantadas, para servir de guía al caminante, estatuas, que llamó Hermes la legendaria y culta Grecia y cuyo nombre ésta difundió.

Con el mismo se aprecia a Mercurio también; y así, no oses poner en duda su ejemplar valía, pues uno de los doce grandes dioses lo fue Mercurio en la Mitología.

RUFINO SAUL

Del «Instituto Argentino de Investigaciones Históricas», de Buenos Aires. (R. Argentina).

X

LUIS DE HORNA

Aquí vive un pintor



Si enumerásemos los premios importantes que, a lo largo de su cortísima carrera, ha cosechado Luis de Horna, no acabaríamos. Diremos que, entre otros, obtuvo el primer premio de carteles del pabellón de España en la Feria Mundial de Nueva York. Premio Saulo al mejor cartel editado en España en el año 1963. Vuelve a obtener el mismo premio en el año 1964. Y en el año en curso obtiene el premio Lazarillo. Sus trabajos han sido seleccionados por la revista japonesa «Idea de Tokio».

Todo esto y mucho más a la edad de 23 años.

—Luis, ahora que se te ha entregado oficialmente el premio Lazarillo es momento oportuno para que te haga una entrevista.

—Pues muy bien, pregunta.

—Tú, que ante todo te consideras pintor, pega cuatro brochazos y danos tu autorretrato físico.

—¡Qué preguntas haces! Y yo que sé.

Tipo medio de hombre, tirando a alto. Ni gordo ni delgado. Poco amigo de la bulla y muy amigo de bostezar. Bosteza lenta, lentamente, con verdadera delectación.

—¿Por qué bostezas con tanta facilidad?

Sonríe y me dice que no saque a la luz esa pequeña debilidad.

Debe de ser porque se levanta muy temprano, con los gallos. Su vicio es el trabajo. Come poco. No bebe. No fuma. Su vicio son los colores.

Horna es tímido. No es correcto a la manera tradicional. No está pendiente de abrir una puerta, de salir antes o después, de ceder su asiento. Tampoco sabe guardar las formas y dice siempre lo que le parece y se irrita y revienta si le hacen un par de preguntas estúpidas. Pero hasta para irritarse es tímido y más parece desconcertado y acorralado que irritado. Yo puedo decir que, según mi forma de